

tendidas en el suelo. Colocados todos los que dispuse que me acompañasen, dejando quince hombres de trepa y marinería en las embarcaciones para reserva; advertí que en un asiento como el mio estaba solo enfrente de mí el jefe Jitejon, que desde el robo que hicieron los de su parcialidad á mi gente no volvió á bordo. Este malévolo indio ocupaba este lugar de distincion como convidado y cabeza de otro partido. Tenia puesta una capa de buen paño azul orleada de cuero, en donde estaban pintadas varias figuras segun acostumbra los capitanes, y un taparabo de mismo género, formado de gamuza, muy guarnecido y compuesto con varios flecos de una tercia ó poco mas de largo y de ocho dedos de ancho, de hechura ovalada. Inmediatamente que le miré se levantó, y haciendo por enderezar su extraordinaria estatura agobiada por alguna enfermedad ó dolor en el espinazo, y no por los años que no llegarían á cuarenta, se dirigió á mí, se sentó á mis pies, y de una bolsita de cáscara de pino que traía llena de plumas, sacó una buena porcion que empezó á soplar para que cayesen sobre mí y los demás, haciendo seguidamente varias demostraciones de amistad, despues de las cuales se fué á su lugar. Ya á este tiempo se habia acomodado en el suelo toda la indiada de ambos sexos que ascendia á ocho personas. Jammisit con sus tres mugeres y crecida familia al testero; yo á la derecha con toda mi gente, permitiendo á mi espalda solo mugeres, y á la izquierda algunos de la otra ranchería y el resto de aquella. En esta disposicion empezó Jammisit á dar unos ayes y ahullidos muy lastimosos y penetrantes, y levantando la vista como principio de desmayo, se sentó echando mano á las correas de la capa para quitársela, lo que visto por varios de los de su familia que estaban próximos y pron-